

ORDEN MUNDIAL, PAZ, POBREZA: LOS FRACASOS DE LA ONU Y EL COMPROMISO SOCIAL DE LA IGLESIA

José Manuel Parrilla Fernández, profesor de Sociología (Universidad de Oviedo)

“La ONU fracasa en la lucha contra la pobreza y el logro de la paz mundial”. Es un titular que ya nos suena a repetido... La Organización de las Naciones Unidas acaba de cosechar un nuevo fracaso en su LX Asamblea General, en medio de los escándalos de corrupción en la propia organización. Los compromisos concretos para afrontar la pobreza mundial se han eludido... como siempre. Y la paz verdadera no se puede lograr sin resolver la inicua situación que condena a una multitud de seres humanos a una vida indigna, mientras una minoría se apropia de lo que debería alimentar a todos: el 20% de la población consumimos el 80% de la riqueza mundial.

En el actual escenario mundial, la propuesta de una “alianza de civilizaciones” es mejor que aceptar un inexorable “choque de culturas”, que sirve como coartada a quienes emplean la guerra para hacer negocio (empezando por el armamento y acabando por la reconstrucción) y para proteger sus negocios (especialmente del petróleo). Pero construir esa alianza reclama dar pasos concretos en las instituciones del orden internacional y los organismos que lo constituyen, principalmente la ONU.

La enseñanza social de la Iglesia, en la encíclica *Pacem in Terris* (PT) de Juan XXIII (año 1963), ya propuso cuatro principios para refundar el orden internacional con miras a lograr una paz justa y duradera entre los pueblos de la tierra: tales principios, de carácter ético, son la verdad, la justicia, la solidaridad y la libertad, todos ellos con importantes consecuencias en el reconocimiento de la igual dignidad de todos los pueblos, del derecho a ser respetados y ayudados y a no ser oprimidos, esclavizados ni olvidados en la pobreza, tantas veces causada por el expolio occidental (véase PT núms. 86-123).

Más de cuarenta años después de la PT, necesitamos como Iglesia poner el mayor empeño en predicar y practicar estas cuestiones y urgirlas a los cristianos, porque el estado del mundo podría mejorar significativamente si existiera la convicción moral y la voluntad política para ello. La convicción depende del cultivo de valores auténticamente solidarios (que en realidad son parte indispensable de una espiritualidad evangélica) y la voluntad política depende también de nuestra actitud coherente con tales valores, a la hora de decidir quiénes nos gobiernan y representan y de pedirles cuentas de su acción.

Pero ¿cuántas veces al decidir nuestro voto miramos qué proponen los partidos políticos para mejorar el orden mundial? Ya que los responsables políticos de los países que más influyen en la evolución del mundo llegan a sus cargos con los votos de la ciudadanía, somos la ciudadanía de los países ricos quienes debemos pedir cuentas a nuestros representantes y asumir nuestra cuota de responsabilidad en la tarea de renovar y dignificar el orden mundial.

Asturias, octubre 2005